

Lo contemporáneo en el arte

F R A N C I S C O M O R E N O



Los empeños

Una agraciada costumbre que hemos dejado de nutrir es caminar; aunque no es lo mismo hacerlo en el bosque, la playa o un pueblo, que, en las calles de una gran metrópoli; más si ésta tiene una respetable edad de más de 500 años. El Centro Histórico de la Ciudad de México posee un halo misterioso que seduce, te atrae porque se transfigura según la hora del día, se disfruta dando pasos lentos, observas con los oídos y escuchas con los ojos. Las imágenes, arquitectura y personalidad se ven y se sienten otros conforme la luz natural es devorada por las luminarias, las farolas y el destello de los autos. No es lo mismo caminar por sus calles a medio día, que de madrugada. Pero esa aura no se percibe a simple vista, es un enigma que subyace entre los muros, exconventos, portones, balcones, frontispicios, casonas, árboles, locales comerciales, iglesias, plazas, calles y callejones.

En esta ágora, ombligo de una gran nación, habitó una mujer cuando la ciudad tenía poco más de un siglo de haber nacido. El sitio que ocupó, en el convento de las hijas de Santa Paula, fue un habitáculo sombrío por el que miraba el universo, pero luminoso pues fue ahí donde engendró su fervor por escribir desde las entrañas, ella no supo de limitaciones, su pasión por las letras, así como la deslumbrante habilidad y sensibilidad que poseía la llevaron a caer en las trampas de la fe, y existió, para su tiempo, como una enorme poeta contemporánea que dio a luz la *Inundación Castálida*.

Si los enigmas se descifran dejan de serlo, el Centro Histórico de la Ciudad de México es uno, y entre ellos existe un edificio que guarda la memoria de la mujer poeta. Es un inmueble preñado de vestigios, de mitos y acontecimientos, y en su trasiego inevitable, retomó, allende un tiempo pretérito, la vocación que lo forjó: el amor por el saber, el conocimiento, el humanismo y las artes. En esencia es una vieja edificación, pero no ha perdido su carácter contemporáneo. Hoy es una universidad, es tierra de siembra, vanguardia e iniciativas: La Universidad del Claustro de Sor Juana.

La Universidad del Claustro de Sor Juana y la *Celda Contemporánea*

“Educar es un acto de esperanza. Educar es poner las manos y la voluntad, el entendimiento y la vocación en lo que tiene de más vital un ser humano: su libertad. En la dimensión



humana, la valoración de nuestra conducta nace de la certeza de que somos libres. Y tal vez esa es la función primordial de la educación, enseñar el camino de la libertad, fortalecer la capacidad de valorar a fin de permitir que cada uno, desde su libertad y por tanto desde su responsabilidad, desde su vocación y entendimiento, aprenda a elegir lo mejor que conviene a su vida y a la vida de la comunidad de la que forma parte.” Con estas palabras, Carmen López Portillo, rectora de este recinto, abre los postigos de este exconvento para dar la bienvenida a los jóvenes de México.

Decía el gran poeta español Antonio Machado que, “en cuestiones de cultura y de saber, sólo se pierde lo que se guarda; sólo se gana lo que se da.” Sabias pa-

labras que hacen eco con la vocación de aquellos seres que reconocen en el dar la clave de la libertad, del crecimiento y el desarrollo; donde la palabra “saber” adquiere una dimensión de reciprocidad y riqueza, y el concepto de cultura abraza el humanismo y por tanto nos otorga las llaves que abren las puertas de este universo.

El proceso de civilización, que nunca termina, adquiere múltiples facetas y esferas de práctica, las universidades, centros educativos, colegios e instituciones de enseñanza son una de esas caras. Sus objetivos no sólo implican la búsqueda y generación de conocimientos, investigación, desarrollo científico y tecnológico, su horizonte se expande e incluye también la na-

turalidad de las artes y las humanidades; por tal razón, y al observar la bóveda que nos circunde, entendemos que estos campus no son entidades aisladas; son, fundamentalmente, semilleros y bastiones en los que se teje el entramado social, donde se bordan las iniciativas y se forjan ideales que transforman a la sociedad.

Visto desde arriba, subidos en el faro que guía las embarcaciones, vemos cómo, desde su fundación a finales de la década de los setenta, la Universidad del Claustro siempre inclinó su ruta hacia las humanidades. Hoy, cuarenta años después, imparte poco más de diez carreras y tres maestrías, integra en su campus aulas acondicionadas y equipadas, tiene hermosas áreas comunes, sitios dedicados a la gastronomía de primer nivel, oficinas convenientes, una singular biblioteca que resguarda un acervo especializado y, por supuesto, una sala para la exhibición y presentación de expresiones artísticas que se denominó la *Celda Contemporánea*.

Su conformación y adecuación sucede gracias a las modificaciones estructurales y restauraciones arquitectónicas de su construcción original. La necesidad fundamental de contar con sitios especiales para estos fines llevó a sus directivos a utilizar una zona aledaña sobre la calle de Regina, hábitat donde vivió la Marquesa de Selva Nevada, misma que formó parte de lo que fue el ex Convento. Ahí, en el mes de abril del año 2004, con la firme voluntad de dotar de infraestructura la tarea inherente de hacer difusión cultural en el Claustro, se abrió la *Celda Contemporánea*. La empresa propuesta cuidó la elaboración de un atinado guión y diseño museográfico, la proyección curatorial inicial se cionó a una elaborada propuesta que realizó Sol Henaaro, mujer profesional del arte que propuso rescatar un periodo de las expresiones artísticas de México: las décadas de los años setenta y ochenta. En este periodo se realizaron interesantes propuestas visuales y plásticas, por lo que la afortunada iniciativa atendía no sólo la necesidad de contar con un lugar físico, sino que se ganaba un terreno que permitiría mostrar la riqueza de una generación que quedó eclipsada por los artistas que integraban el llamado movimiento de la “Ruptura”, y otros que conciliaban su quehacer con el “neomexicanismo”. Una relevante justificación fue reconocer que los artistas independientes que no cesaron de dar voz a sus inquietudes tenían una escasa, si no es que nula posibilidad de mostrar su trabajo en

museos y galerías, estos fueron excluidos del acontecer institucional del sector cultural. Ahora ganaban uno.

El interés por visibilizar a un grupo de creadores que quedó prácticamente arrinconada, y literalmente clasificada como la “generación sándwich”, dio el banderazo para que la *Celda Contemporánea* iniciara una carrera que hoy la coloca como uno de los principales sitios de exhibición y difusión independientes del acontecer artístico nacional.

Las iniciativas, los proyectos, sus exposiciones y etapas

En estos proyectos colectivos, de carácter independiente, circunscritos al ámbito universitario, los resultados difícilmente se deben a una sola persona. La primera época de la *Celda Contemporánea* abarcó cerca de cuatro años, en ésta colaboraron muchos profesionales, curadores, artistas, gestores, museógrafos, infinidad de asistentes y asesores que, con el transcurrir del tiempo, crearon una “red de complicidades”. El proyecto fue resultado de un comprometido trabajo en equipo.

Así, la oportunidad de contar con una sede tangible para exhibir el quehacer plástico y visual derivó en un laboratorio de experimentaciones, crisol de iniciativas y, sobre todo, en un nicho que abría sus muros y ofrecía sus instalaciones para que las expresiones del arte contemporáneo fueran nuevos platillos que enriquecieran y ofrecieran otras alternativas al menú y oferta cultural de la Ciudad de México. La *Celda* dio una digna salida a estos artistas y sus propuestas. El perfil que fecundó su gestación inicial dio paso a otras aportaciones, el crío se desarrolló con la alternancia de otros mentores y de cientos de experiencias inesperadas. La Universidad del Claustro hacía honor a su vocación: ser incubadora y matriz, productora de ideas nuevas, provocadora de innovaciones y tránsitos.

En tan poco tiempo, enorme en sus afanes, era evidente que la faena apenas empezaba; después de este periodo, incursionó un artista que conocía bien el desarrollo de la *Celda Contemporánea*, y fue a quien le correspondió dirigir el timón durante algún tiempo: Mauricio Marcín. Él, como buen explorador, generador de iniciativas y curador robusteció las líneas de trabajo, amplió su espectro y cuidó su sano desarrollo.

Los cambios, como brújula que dicta la ruta, asaltaron la Universidad del Claustro. La *Celda Contemporánea*

nea se trasladó a un área apartada, única, un área compuesta de vestigios arqueológicos, “rodeado de fuentes, tinas, azulejos, piedras y columnas rotas, donde aún aparecen fragmentos ornamentales pintados del ex-convento del siglo XVII”.

El reto de continuar la línea contemporánea sobre este nuevo escenario implicó consideraciones de otro corte, como la imposibilidad de abordar físicamente los viejos muros, catalogados como patrimonio histórico. O se adecuaban los guiones museográficos a la obra, o ésta debía sucumbir a los caprichos espaciales y arquitectónicos, la tarea representaba un atractivo ejercicio de reflexión y análisis curatorial. Fue entonces que se invitó a la artista/curadora Berta Kolteniuk para tomar la estafeta, la decisión rindió buenos frutos. La *Celda Contemporánea* estaba lista para llegar a la juventud.

Ella, con una reconocida experiencia, emprendió una labor en la que las tres habitaciones que designaron para la Celda fueran un buen pretexto. Contaba, además, con elementos dispares para mezclarlos, sólo faltaba la visión, el toque, la sazón y el *expertis* para generar el plan. Sin perder ni trastocar la visión contemporánea de la Celda, Berta se inclinó por presentar un proyecto que denominó Formato 3, iniciativa en la que, aprovechando todos los recursos propios del recinto, más aquellos inherentes a la meticulosa planeación de una exposición, propuso el diálogo entre la obra de tres artistas bajo la luz de un intercambio simbólico, una suerte de triada conceptual en la que los elementos exhibidos no parecieran una miscelánea: la idea era que éstos tuvieran un hilo conductor, una sutil conexión, una sinapsis natural mediante lazos intangibles pero visibles, armonizados por un propósito primigenio.

Si la *Celda Contemporánea* tuvo una adolescencia precoz, en su juventud logró alcanzar identidad, consolidación, llegó a un estado “emocional” estable. En esta etapa, Berta Kolteniuk generó poco más de veinte exposiciones con la colaboración de decenas de creadores, así como otras actividades adyacentes como los “diálogos con los artistas”, y el registro en video de todo el acontecer, material de gran importancia si consideramos que, por la naturaleza efímera de muchas de las obras, gran parte de las exhibiciones difícilmente podrán apreciarse nuevamente. La Universidad, preocu-

pada por dejar testimonios de su trabajo, publicó un libro-catálogo en 2015 que registra los montajes realizados en el periodo 12-15. Importante material que se encuentra disponible en el acervo bibliográfico del Claustro.

Finalmente, y como parte de las señales que la brújula indicaba para navegar, debo hacer especial mención de una situación física estructural que sufrió nuestra inquieta joven, la *Celda Contemporánea*. Para ello cedo la voz a Berta: “en abril del 2015, el espacio expositivo fue remodelado y reacondicionado dotándolo de un piso de vidrio transparente que permite apreciar los vestigios arqueológicos por debajo, al mismo tiempo que los resguarda y protege. Mediante una estructura de metal de hierro suspendida, se conformaron nuevas áreas para presentar las obras. Como el piso fue nivelado, se creó una sala rectangular, se amplió la superficie total de piso para las intervenciones. Además se colocaron algunas mamparas falsas en los muros, lo que permite presentar obra bidimensional colgada en las paredes.” Este proceso brindó otros elementos para lograr una modificación al formato, se inició la etapa de Formato 2, en él se invitó a dos artistas a dialogar con su trabajo.

La Celda Contemporánea, o lo contemporáneo en el arte

Si ya reconocimos que las universidades tienen la obligación de integrar en su misión fundacional a la cultura, en la historia de la educación en México sin duda que la Universidad Nacional lleva la batuta. Su labor destaca no sólo porque ya es mayor de edad, no vieja, pero si adulta. Bajo esa proyección nacional, debo hacer hincapié que además de las universidades, las instituciones gubernamentales tienen la obligación de impulsar y promover el arte y la cultura en todas sus manifestaciones. Sin embargo, el quehacer de los artistas no siempre encuentra asidero o escaparate para cerrar su universo lógico como creadores: encontrar al otro, ser visto, escuchado, leído y con suerte, penetrar en el inconsciente colectivo para detonar e impulsar la reflexión, el pensamiento crítico, el disenso, y por supuesto, también el goce estético.

Pero los museos y/o galerías no siempre se prestan a recibir las iniciativas o propuestas artísticas, su de-

fensa o justificación se sostiene muchas de las veces en líneas de trabajo con tintes o raigambre conservadora, se sienten más cómodas sin apostar o arriesgarse. Pero la actitud e innata perseverancia de los artistas casi siempre encuentra salidas, la comunidad cultural se constituye de muchas plataformas y escenarios en las que los espacios independientes los genera la misma sociedad civil, se abren paso persistentemente.

Son muchos los ejemplos que se podrían describir, mismos que van desde las galerías, las fundaciones, las ferias de arte, los centros culturales, museos privados, plazas públicas y centros comerciales, hasta los grandes pódiums en los que la industria creativa consolida el *mainstream*, la cultura de masas y el espectáculo.

Nuestro país se mueve en ese laberinto, es un contexto cultural en el que nuestros protagonistas buscan las mejores salidas y escaparates, a veces bajo la óptica de la intuición y el sentido común, otras con la certeza y apoyo directo, a veces bajo la discrecionalidad institucional, por desgracia, no siempre encuentran la salida y se topan con altos muros en los cuales quedan arrinconados, desanimados, y algunos llegan a morir por inanición. Por esas razones es que me atrevo a decir que la *Celda Contemporánea* se yergue con orgullo como un escenario independiente, proactivo y abierto.

Por otra parte, el concepto de modernidad ha derivado en generalidades y transformaciones subsecuentes como el postmodernismo. La secuela generada desde el impresionismo no para, es un impulso por renovar, por crear vanguardias, no de crear nuevos “ismos”, sino de nutrir la capacidad creativa. Aunado a esto, es muy común confundir este término con el de contemporáneo, pues ambos se sustentan en la innovación, las propuestas nuevas, el impulso al cambio, ambos subyacen en el paradigma de lo nuevo. Sin embargo, cuando calificamos el “arte contemporáneo”, éste posee una doble connotación, es, por una parte, consecuente con lo nuevo, pero también reconoce el quehacer actual, es decir, toda manifestación artística que vive en el aquí, en el presente y se sostiene por sí misma. Esta dicotomía es materia de reflexiones filosóficas y estéticas, pero ello en vez de soterrarla, la empodera y la mantiene viva.

La *Celda Contemporánea* contiene en su nombre dos palabras que la explican en sí misma: decir celda no es decir encierro o reclusión, paradójicamente es hablar



de un lugar y nombran con ella justamente una vanguardia semántica; aunado a ella, apuntar lo contemporáneo es ceñirse a lo que se hace hoy, lo actual, lo nuevo, lo que está vigente.

En los últimos tres años, este centro de encuentros abrió su horizonte y presentó exposiciones que dan razón del párrafo anterior: ver una antología de gabinete de Arturo Rivera fue una afortunada iniciativa, hace mucho que no teníamos oportunidad de disfrutar de cerca la paleta y temática de este artista; por otra parte, la multitud de piezas seleccionadas por Gustavo Pérez, curadas por el propio autor, nos permitió reconocer y avivar la atención sobre este gran creador; las telas de Roberto Rébora atrajeron la curiosidad de aquellos que no lo conocen, y dejan en la mira de la comunidad la inquietud por saber más de muchos pintores que no se conocen lo suficiente.

La *Celda Contemporánea* entra de esta manera a un terreno fértil que se antoja plural y cargado de contenidos. Seguramente veremos los frutos de algunos árboles jóvenes, otros ya maduros pero únicos, plantas del desierto y ornamentales, exquisitos arbustos y vegetación exuberante; una nueva época en la cual más allá de estilos o géneros, responderán a la razón que respalda la misión y visión de la Universidad del Claustro de Sor Juana: la educación y la cultura como pilares para el desarrollo. ●